

**PALABRAS DE SU EXCELENCIA EL SEÑOR BRUCE GOLDING, PRIMER MINISTRO DE
JAMAICA, EN LA CEREMONIA DE APERTURA**

Es un placer y un privilegio, no solo para el Gobierno de Jamaica, sino para el pueblo de Jamaica, ser los anfitriones de la V Reunión Hemisférica de Ministros de Agricultura y de la Decimoquinta Reunión Ordinaria de la Junta Interamericana de Agricultura.

Me han comunicado que en esta conferencia contamos con la presencia de delegaciones de 34 países de las Américas, a todas las cuales deseo darles una bienvenida.

Es muy significativo que ustedes estén reunidos aquí esta semana y que la semana que viene nosotros vayamos a ser los anfitriones, en Montego Bay, de una reunión ministerial de alto nivel sobre integración y desarrollo en Latinoamérica y el Caribe, así como de la Vigésima Octava Reunión Ministerial del Grupo de Río.

Todas estas reuniones, que se están realizando una tras de otra, pueden señalarse como ejemplos importantes de la cooperación y la solidaridad, cada vez mayores, entre los países de las Américas, que tanto tienen en común: nuestra historia, nuestra cultura. Enfrentamos muchísimos retos, algunos idénticos y otros similares, y compartimos esperanzas y objetivos, y hay tanto que podemos hacer juntos para buscar oportunidades que nos permitan alcanzar esos objetivos.

Ustedes se han reunido en un momento en el que todos los países de esta región, de este hemisferio, ciertamente de todo el mundo, están soportando diferentes grados de presión. En algunos es muy intensa, en otros, grave, en otros, moderada y quizás manejable. Pero todos la están experimentando de una u otra manera, debido a la pandemia económica que ha golpeado al mundo.

En el caso de Jamaica, la crisis global nos ha afectado muy seriamente. Ha sido como un terremoto que ha sacudido una economía ya de por sí frágil. Y me imagino que nuestra experiencia no es diferente de la de muchos de los países representados en esta conferencia.

Una de las cosas que más temo es que muchos de los avances que hemos logrado en décadas recientes, como en la reducción en la pobreza y en la creación de las condiciones de inversión necesarias para lograr un crecimiento real y sostenido, se erosionen y acabemos dándonos cuenta de que prácticamente vamos a tener que empezar todo de nuevo.

Muchos de nosotros, muchos de los países de la región, ya de por sí estábamos luchando por afrontar los efectos de la globalización. Porque algunos de nosotros no estábamos tan preparados como otros. Muchos no estábamos tan preparados como debíamos estarlo para enfrentar la realidad, los retos y los riesgos que acompañan a la globalización. Nos hemos visto obligados a hacerles frente a los retos de la competitividad, y nos hemos visto desafiados de una forma en la que no estábamos acostumbrados a hacerlo. Hubo una época, no muy lejana, en la que, para los países en desarrollo de la región, el mayor reto era cómo hacer para incursionar, para entrar, en los mercados externos, cómo hacer para expandir nuestras exportaciones y lograr que nuestros productos llegaran a los mercados externos.

Algunos de nosotros pudimos hacerlo de una manera más eficiente que otros. Pero ahora tenemos que hacerle frente a un nuevo reto. No se trata solo de competir en el mercado externo; ahora estamos obligados a competir en nuestros propios mercados, en las estanterías de nuestros propios supermercados. Y si no somos competitivos, pronto nos vamos a dar cuenta de que estamos siendo sacados incluso de nuestro propio mercado. Tenemos que hacerle frente a la pérdida de los mercados preferenciales sobre los cuales durante muchos años, se fueron construyendo tantas de nuestras economías. Mercados seguros en

los que a veces teníamos cuotas garantizadas; muchas veces, precios garantizados; a veces, mejores precios que los que, de otro modo, el mercado hubiera estado dispuesto para ofrecer. Y construimos nuestras economías, y especialmente nuestro sector agrícola, alrededor de eso. Hemos tenido que luchar con la dislocación a la que han sido sometidas nuestras economías, porque las relaciones comerciales en todo el mundo han tenido que reconfigurarse para cumplir con los términos de la OMC.

Hemos luchado con la transformación de las estructuras tradicionales de la economía, estructuras que creíamos conocer bien. Hemos desarrollado nuestro propio saber en relación con las cosas que hacemos para conservar la vida. Hemos luchado con el reto de incursionar en cosas nuevas de las que sabemos muy poco, pero estamos haciendo esfuerzos para acostumbrarnos a la nueva tecnología y tratar de encontrar nuestro camino en el mar de la globalización.

Nuestros logros en este sentido han sido diversos. Algunos de nosotros lo hemos hecho bien; otros, no tanto. Quiero rendir homenaje al Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura, porque esta institución de cierta forma ha estado presente en muchos de nuestros países y ha apoyado a muchos de ellos en la creación de una plataforma que nos permita ayudarnos mutuamente y compartir las mejores prácticas. El IICA ha prestado un apoyo tremendo en materia de fortalecimiento institucional y ha proporcionado un marco de cooperación amigable, útil y solidario, y, por lo tanto, a pesar de los efectos de la recesión mundial que observamos, puede que hayamos perdido algo del impulso que habíamos logrado, pero nuestra respuesta no puede limitarse a retorcernos las manos en desesperación.

De hecho, debemos ver esa dislocación y esos retrocesos que estamos experimentando como un llamado a las armas. Un llamado a redoblar esfuerzos, a desarrollar nuestra capacidad para asegurar ese estándar de vida, esa mejor calidad de vida, que todos deseamos para nuestros pueblos. Se trata, en esencia, de un reto a nosotros mismos, un reto a recargarnos de energía para poder hacerles frente a las dificultades del momento, pero también para poder asegurarnos de que en el futuro aprovechemos las oportunidades y tengamos éxito.

Y en ningún lado es esta necesidad más apremiante que en términos de mejorar nuestra seguridad alimentaria, tal como en su discurso lo señaló el Dr. Chelston Brathwaite y tal como antes que él lo hizo el señor José Miguel Insulza. Si hace dos años se consideraba de gran importancia el objetivo de aumentar la producción y la productividad, de producir más de lo que comemos y de comer más de lo que nosotros mismos producimos, ahora es urgente e imperioso. Y quiero detenerme un momento en este punto.

Nosotros, en esta región, tenemos todos los motivos para sentirnos bendecidos. Disfrutamos de un clima tropical; no tenemos que prácticamente cerrar el país por meses, ciertamente no hay que hacerlo en la parte del hemisferio en la que se encuentra mi país. Muchos regalos nos han sido dados, entre ellos un clima benéfico y propicio para la agricultura, tierra fértil y agua. Hemos sido bendecidos por el hecho de que tenemos una demanda que nosotros mismos controlamos: nuestra propia necesidad de alimentación. Por lo tanto, no tenemos excusa para no utilizar esos bienes de una manera que nos permita convertirnos en potencias de producción agrícola. ¿Por qué no lo hemos hecho? Hay algunas razones que quiero señalar, porque me parece que tenemos que abordarlas, si queremos asegurarnos, incluso después de que la recesión haya cedido, de poder encontrar nuestro camino hacia una vía de crecimiento sostenido. Tenemos que actuar impulsados por un propósito mucho más claro para poder pasar de las estructuras tradicionales de la agricultura a una agricultura más diversificada. Tenemos que alejarnos del estatus que tantos de nuestros países han mantenido por años: ser productores de alimentos y productos agrícolas básicos y luego entregarles esos productos a otros países, algunos de ellos en lugares tan alejados como Europa, para que sean ellos los que les añadan valor. De esa manera, estamos trabajando para el resto del mundo, en lugar de hacerlo para nosotros mismos.

No lo hemos hecho tan bien como debimos haberlo hecho en eso de acoger la ciencia y la tecnología y aplicarlas a la agricultura para ver cuánto podemos mejorar, cuánto más podemos producir, cómo podemos producir cosas que nunca antes habíamos producido, porque la tecnología de que se dispone ahora hace posible lo que antes parecía imposible. ¿Cómo hacer para, por medio de todos los canales diplomáticos en los que podemos ejercer algún tipo de influencia, poner punto final al paradigma que ha existido por tanto tiempo, que nos hace creer que estamos protegiendo el interés público al aprovechar la comida barata y subsidiada de los países industriales, comida que es subsidiada porque esos países están decididos a proteger su sector agrícola y sus agricultores? Y lo hacemos a expensas de nuestra propia capacidad productiva. Podría decirse que muchos de nosotros hemos estado promoviendo políticas que sostienen a los productores de otras partes del mundo y, entretanto, hemos desatendido el desarrollo de nuestro propio sector agrícola y su potencial para producir.

Algunos de nosotros hemos impulsado estrategias de inversión que se han basado en ciertos supuestos que han resultado ser incorrectos.

Ha habido momentos en los que hemos sentido que la agricultura tal vez no es el camino a seguir, que la agricultura tal vez no es una inversión que nos dé los mejores beneficios, que tal vez no puede proporcionarnos ese óptimo nivel de calidad de vida que queremos para nuestro pueblo. Así que hacemos nuestros cálculos y llegamos a la conclusión de que es mejor invertir en otros sectores, a expensas de la agricultura, en sectores que nos pueden proporcionar un crecimiento en las exportaciones que nos hará ganar divisas extranjeras y, cuando contemos con esas divisas, podremos importar los alimentos que hemos dejado de producir para nosotros mismos.

El problema es que muchos de estos otros sectores en los que hemos puesto nuestros ojos tienen una demanda de mercado muy volátil y voluble, extremadamente susceptible a cualquier tipo de “temblor” en la economía mundial, en tanto la demanda que nosotros tenemos de alimentos es inelástica. Independientemente de que el planeta se halle en un momento de gran prosperidad o atravesando una recesión, tenemos que comer. Esa es una necesidad corporal cotidiana e, ignorando esa demanda segura que existe, hemos puesto nuestra mira en otras áreas que no nos han dado el apoyo ni la seguridad que queríamos. Así que, desde un punto de vista macroeconómico, nuestra supervivencia exige una reorientación estratégica hacia la agricultura.

Hay otro aspecto al que quisiera hacer alusión antes de terminar. Se trata de una reacción de mi parte a su decisión de que esta conferencia se centre en la tarea de enlazar la agricultura y la vida rural, en el reto de lograrlo y en la importancia de ello. Hoy deseo impugnar una noción que ha jugado un rol determinante en la formación de las políticas de desarrollo de mi país y de tantos otros países de la región. Durante muchos años, los formuladores de políticas, los gobiernos e incluso las instituciones multilaterales que les han brindado su apoyo a países como el nuestro han incurrido en el error de concebir la agricultura como una especie de esponja que absorbe la fuerza laboral, por lo que la agricultura ha sido promovida e impulsada como el sector que se va a “tragar” ese superávit de fuerza laboral que tenemos y, por lo tanto, ha sido considerada buena en sí misma. Yo quiero impugnar esa noción, porque creo que ha condenado a las comunidades rurales a una vida de penosa subsistencia, en vez de promover un desarrollo sostenido y acelerado.

Permítanme darles un ejemplo de la situación de Jamaica. En este país, el 18% de la fuerza laboral trabaja en labores agrícolas, pero la agricultura aporta el 6% del producto interno bruto; por lo tanto, tenemos que ese 18%, en cierto sentido, está compartiendo el 6% de la economía, lo que significa que uno empieza este debate teniendo que reconocer que el sector agrícola ofrece un estándar de vida que es 1/3 del promedio nacional. Significa, también, que es un sector que no atrae a la juventud, un sector que no ejerce una atracción automática de inversionistas, por lo que se requieren tomadores de decisiones que apliquen

con firmeza principios empresariales. Es un sector que muy posiblemente te atrape en la pobreza; así que muchas de nuestras mejores mentes no van ahí.

Y debido a esta forma de concebir la agricultura, por muchos, muchos años, el desarrollo rural, y con eso me refiero a la infraestructura que necesitamos en las áreas rurales, las comunidades, las comodidades, las escuelas, los servicios de salud, los espacios recreativos, todo esto, depende totalmente de transferencias de dinero en efectivo mediante gastos presupuestados. Estas comunidades no pueden sostener su propio desarrollo, porque su base económica, la agricultura, está sumamente empobrecida. Obligada a llevar esa carga humana tan pesada y a dar algún tipo de retribución, la agricultura no puede generar los recursos para sostener su propio desarrollo. Y por eso cada año el Gobierno tiene que presupuestar fondos para arreglar caminos, para construir escuelas y para proporcionar oportunidades económicas. Tenemos que cargar a las comunidades rurales en nuestro presupuesto, sencillamente porque las economías de las comunidades rurales no pueden responder a sus propias necesidades de inversión.

¿De dónde habrá de venir ese sustento económico? Repito, a veces pensamos que podemos sustituir la agricultura con otros sectores, como el de turismo, y Jamaica lo ha hecho bien en materia de turismo; también hemos tenido la oportunidad con actividades industriales grandes, como la explotación de bauxita, la producción de aluminio, la minería y la refinería, que pueden proporcionar sostén económico, pero ni el turismo, ni la minería ni actividades similares podrán tener alguna vez el efecto multiplicador de la agricultura, porque todas dependen de la ubicación de los recursos, como en el caso de la bauxita, o de dónde se encuentran los sitios para vacacionar, las playas, la línea costera, como en el caso del turismo. Esos sectores nunca nos darán la penetración que necesitamos, si queremos proporcionar una base real para generar crecimiento económico en las comunidades rurales. Tiene que venir de la agricultura. Y nos estamos dando cuenta de eso ahora, después de muchas décadas, probablemente de medio siglo, de que estábamos dando prioridad a enfoques alternativos que en un momento pensábamos que nos iban a dar mejores retornos. Ahora nos estamos dando cuenta de que lo que nos queda y lo que tenemos que utilizar es la piedra que rechazó el constructor, y tenemos que reconocer que para muchos países, como Jamaica, esa es la piedra angular a la que tenemos que regresar. Pero si la agricultura ha de ser el camino hacia el futuro, va a tener que ser algo más que un modo de vida inevitable e indeseable. Tiene que ofrecer algo más que una mera subsistencia. Tiene que hacer algo más que poner comida en la mesa; esa es una necesidad básica y fundamental, pero los seres humanos necesitamos más que eso. Tiene que ser capaz de mandar a mis hijos y a mis hijas a la escuela, y no a cualquier escuela, sino a una buena escuela. Tiene que ser capaz de proporcionarme una casa decente. Tiene que permitirme tener unos pocos ahorros en el banco, para que, si me enfermo o sobreviene un desastre, tenga yo algo a qué recurrir. Si no puede ofrecerme esa esperanza, entonces la agricultura va a ser algo a lo que yo me dediqué, porque no tengo más remedio, pero no algo en lo que voy a intentar construir una vida, un futuro.

Tenemos que fortalecer la agricultura. Tiene que ser un sendero hacia la prosperidad. Tiene que ser un instrumento de transformación social y económica. Y tenemos que hacer más de lo que hemos hecho hasta ahora. Y es tanto lo que el mundo va a tener que hacer para ayudar a sostener este tipo de enfoque, en términos de los acuerdos comerciales que suscribimos, de las disparidades en el tratamiento de los bienes que circulan de un socio a otro y de las condiciones de comercio. La medida en que las exigencias de la OMC son una regla que se aplica de una forma a unos países y de una forma totalmente diferente a otros y la medida en que las voces de los países pequeños y pobres siguen sin alcanzar los decibeles necesarios para ser escuchadas, e incluso, si somos escuchados, no entienden lo que queremos decir.

Hay mucho más que hacer de lo que se ha hecho hasta ahora. Para ello esta conferencia que los mantiene ocupados esta semana es de extrema importancia. Es mi deseo que sus reflexiones lleguen a buen término. He planteado muchas preguntas y he lanzado muchos retos. Esa es la parte fácil; ese es mi trabajo. El de ustedes es encontrar las respuestas, y las respuestas correctas. No creo que hubieran podido escoger un lugar mejor que Jamaica para tratar de encontrar esas respuestas, y confío en que disfruten su estadía aquí

con nosotros. Y espero que Jamaica, y desde luego toda la región, se beneficie de su estadía aquí esta semana, del trabajo que habrán hecho, y del rumbo marcado que espero que nos dejen cuando llegue el momento en que tengan que irse.

Gracias por haber venido a Jamaica. Disfruten su estadía con nosotros.